

Martes XXX del TO
Ciclo B



29 de octubre de 2024

Ef 5, 21-33

Sal 127

Lc 13, 18-21

P. Eduardo Suanzes, msps

Las parábolas eran un modo de enseñanza muy común de los maestros de la antigüedad oriental. Una parábola es un relato, tipo cuento, que pone en paralelo dos realidades: **la anécdota** narrada (que suele ser tomada de aspectos simples de la realidad cotidiana) y **otra realidad** de orden superior (normalmente de significado religioso). Lo que importa no es el cuento y sus detalles sino esa otra realidad a la que el texto se compara. La parábola utiliza imágenes o comparaciones chocantes para captar la atención del oyente. Es un género que inquiere e implica, pues el oyente debe esforzarse por encontrar su significado. Los realmente interesados en aprender algo se esforzarán, mientras que los que realmente no están interesados en aprender, crecer o progresar, dejarán pronto de preocuparse por el significado y «pasarán» de la parábola, de la enseñanza y del enseñante. En las parábolas hay, pues, como una especie de «filtro» previo de intenciones que también define el interés o la buena voluntad de los oyentes. Y en toda parábola hay un «**punto focal**» o enseñanza central que el oyente debe descubrir.

El primer cuento de hoy es la parábola de la mostaza. La pequeña semilla, ínfima, evoluciona, crece y se convierte en una gran planta capaz de acoger a las aves del cielo. El «**foco**» de la parábola estaría entre lo pequeño de los comienzos y lo grande del final. Así sería con el reinado de Dios que simboliza la naciente comunidad cristiana: empieza siendo algo insignificante en apariencia, pero va a ir creciendo imparablemente hasta llegar a su plenitud, capaz de albergar a todos los hombres de la tierra (imagen de las aves del cielo).

No obstante, en esta parábola hay elementos que pueden enriquecer esta visión. En primer lugar está el dato de la elección de la mostaza como protagonista de esta historia, para ser comparada al Reino de Dios. La mostaza no es la más pequeña de las semillas, pero en la cultura popular y bíblica sí que era un referente para reflejar algo muy pequeño, mínimo.

Pero es que, aparte de sus virtudes culinarias o médicas, en la mostaza destaca su pertinacia u obstinación una vez arraigada en un terreno, de la que es difícil eliminarla. La mostaza silvestre era considerada desde tiempos inmemoriales como una «mala hierba» que infesta los campos de grano. La tendencia de esta planta a mezclarse con otras es una de sus características más peligrosas. La cuestión no es que la mostaza sea muy pequeña en su origen y luego se convierta en un arbusto de más de metro y medio de altura, sino que «se trata de una planta que suele crecer donde no debe, que tiende a criarse de forma totalmente incontrolada, y que suele atraer a los pájaros a los terrenos de cultivo, donde precisamente no son nunca bien recibidos»¹.

¹ JOHN DOMINIC CROSSAN. *Jesús: Vida de un campesino judío*. Ed. Crítica. Barcelona 1994

Aquí podemos ver ya un elemento chocante, y paradójico utilizado por Jesús para llamar la atención de sus oyentes y para abrirles a realidades más profundas. Un campesino galileo que oyera comparar al Reino de Dios con la incordiante y peligrosa mostaza, sin duda se extrañaría y prestaría atención a ver en qué terminaba esa historia que comenzaba tan loca e ilógicamente. Pero el empleo de esta imagen no es, sin duda, un mero recurso retórico, sino que ha de tener un sentido más profundo. La mostaza estaba considerada también como una planta impura porque estaba fuera de lugar. «Impuro» es lo que está «fuera de lugar», decíamos ayer. Y, además, sembrarla en huertos o campos donde hay otras semillas, podría ir contra las normas de no mezclar semillas².

Según todo esto, el empleo por Jesús de la mostaza como imagen del reino de Dios es lo que estaría «fuera de lugar», es decir, sería una paradoja. Ante los ojos bien-mirantes y las mentes bien-pensantes, el reinar de Dios no debería ser así. Pero aparece Jesús y empieza a hablar del reinado de Dios relacionándolo con el mundo de la impureza, de la inconveniencia, y con una planta que puede ir contra los intereses de lo establecido como «lo correcto» o «lo justo». En esto, Jesús aparece aquí coherente con el resto de su enseñanza y de sus actitudes. En numerosos pasajes evangélicos, aparece Jesús comiendo con pecadores, tratando con intratables, diciendo a «los justos» que las prostitutas y los publicanos les precederán en el reino de Dios, a los que se tienen por personas «logradas» o hechas que si no se hacen como niños (últimos) tampoco entrarán en el Reino, y a los ricos que si no se hacen pobres tampoco lo alcanzarán. Es como si Dios irrumpiera con su amor para desbaratar los planes del hombre, su *estatus-quo*, sus sistemas normativos, sus montajes consagrados y justificados por sus mentes egoicas, y para mostrar una nueva forma de vivir, de ser, que nada tiene que ver con todos esos sistemas y modos de vida que causan separación y postración.

La siguiente parábola habla del Reino asemejado a la insignificante levadura... ¡en manos de una mujer!... ¡y en la cocina! Aquí está el contraste de la misma. Nada que ver con el mesías rey que instauraría en sangrientas batallas el Reino, ni con el alto monte, ni el gigantesco cedro. Lo humilde, lo pequeño, nada de solemnidad, en la cocina. El sentido del choque de esta parábola ya lo hemos dicho en la explicación de la anterior. Pero si nos acercamos un poco más al significado del verbo central advertiremos un significado inesperado que sorprendió a los oyentes de Jesús. Además, nos tenemos que fijar en las cantidades de harina que se manejan.

En esta parábola³ el texto no dice que la mujer **mezcló** la levadura con tres medidas de harina, tal como presenta la traducción que utiliza la Liturgia. El texto original griego dice que la mujer **escondió**⁴ la levadura en las tres medidas de harina, hasta que todo acabó por fermentar. Este matiz es importante, como veremos.

Las tres medidas de harina son, en realidad, casi cuarenta litros, suficientes para una comida de ciento cincuenta personas o un pan de 50 kg. El texto no describe, pues lo que una

² Cfr. HALVOR MOXNER. *Poner a Jesús en su lugar. Una visión del grupo familiar*. Ed. Verbo Divino, 2005

³ Cfr. ULRICH LUZ. *El Evangelio según San Mateo, II*. Ed. Sígueme. Salamanca 2001

⁴ La palabra que aparece es ἐκρυψε= escondió

campesina suele hacer, porque nadie se pone a hacer un pan de ese tamaño, salvo que esté participando en los records mundiales. Por tanto, la idea central no está en la pequeñez de la levadura porque, además, para 40 litros de harina se requieren casi 2Kg de levadura. Para expresar algo minúsculo que altera toda la masa hubiera sido más apropiado utilizar el símil de la sal. Lo que importa, el foco, es que **la levadura está oculta, escondida**, pero hace fermentar una cantidad ingente de harina. La levadura no se confunde con la masa, pero actúa sobre ella. Así ocurre con el reino de Dios: una vez escondida la levadura, un proceso incesante lleva a la plenitud. La levadura escondida se corresponde con la verdad oculta en las parábolas de Jesús y con el tesoro oculto en el campo. El deber de la comunidad es descubrir la verdad oculta mediante las palabras y las obras. Así la verdad hace fermentar el mundo.

Esta segunda parábola completa la primera, pues no solo habrá personas que acudirán al reino, sino que la presencia de este influirá en toda la humanidad, hasta llevarla a la madurez. Como la levadura, el reinado de Dios actúa desde dentro de la humanidad misma, desde lo más profundo de ella, escondido en ella. Así como la parábola de la mostaza se fijaba en el aspecto exterior, en esta de la levadura, se fija Jesús es la acción invisible de la gracia, a la que no se puede poner límite y que no puede constatarse sino hasta el final.

Pero la levadura tiene que actuar desde lo profundo, desde el interior, desde lo invisible, desde lo escondido. Y es que o actúa desde el interior, desde lo profundo o no habrá nada que hacer. La levadura no se pone por fuera no es un añadido que da color a la harina, sino que la transforma, la hace fermentar. A veces nos preguntamos por qué nuestras obras apostólicas no transforman la realidad en la que vivimos; nos quejamos de cómo es que las vocaciones parecen que se han ido de vacaciones. ¿No será porque acogemos a Jesús no desde lo profundo del corazón, sino desde el exterior? ¿No será que la harina que ha de fermentarse no está preñada de levadura, aunque sea un poquito, si solo basta un poquito, pero que esté en lo profundo del corazón para que transforme nuestra vida y todo lo que tocamos⁵.

⁵ Cfr. JUAN MATEO Y FERNANDO CAMACHO. *El Evangelio de Mateo. Lectura comentada*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1981